

Santo Tomás de Villanueva

Con relación a su fe, cuanto podamos decir y ponderar ha de quedar muy por debajo de lo que merece, ya que le causó estupefacción al mismo ángel. En efecto, no eran verdades comunes y ordinarias, sino totalmente nuevas las que creyó María con sola la palabra del ángel; cosas o verdades que sobrepasan toda facultad, que exceden a toda inteligencia: que Dios se hacía mortal, que un hombre Dios había de nacer de mujer, que siendo virgen había de concebir sin concurso de varón, que había de dar a luz a Dios y permanecer a la vez virgen. ¿Pueden estas maravillas creerse con el testimonio de una sola palabra? Desde nuestra infancia hemos conocido y aprendido nosotros los misterios, y después de tantos milagros y testimonios, cuando los consideramos con reflexión, siempre nos parecen nuevos y nos sentimos sobrecogidos y temblamos ante su magnitud. ¿Qué hubiera ocurrido en la Virgen, si no la hubiera Dios prevenido con su gracia y con su luz, cuando sin antecedente humano el ángel anunció por vez primera estos misterios? Ya se lo había dicho el ángel: El Señor es contigo. Si no hubiera estado Dios con ella, cómo hubiera sido capaz, con la sola palabra del ángel, de entender, penetrar y creer tan soberanos misterios? ¡Oh fe admirable y confianza estupenda! Siendo misterios tan importantes los que se comunican, ni solicita un ejemplo, ni busca un milagro, ni exige demostración, ni pide un testimonio, ni discute la posibilidad de lo que se le anuncia. Creyó con tal facilidad, que el mismo ángel quedó maravillado. Ni fue necesario para la fe de la Virgen el mismo testimonio sobre Isabel que había aducido para fundamentársela, aunque distaba tanto del misterio que se le anunciaba, pues que no se ha podido encontrar uno semejante desde el principio del mundo; tan sometido tenía el entendimiento al beneplácito divino, tan subordinado lo tenía todo a su voluntad, y tan convencida de que nada había imposible para Dios.

Comparemos ahora con la de nuestra Virgen la fe de los santos patriarcas, que con tal entusiasmo ensalza San Pablo en aquel catálogo de la fe, y veremos que en relación con aquélla la de éstos es como la estrella comparada con el sol, la lenteja con el monte, la gota con el océano. Admira el Apóstol de una manera especial la fe de Abraham, y con justa razón; mies no fue infecunda, sino abundante en obras de obediencia, por lo cual mediante ella alcanzó la justificación y mereció de antemano conseguir las promesas, como está escrito: Creyó Abraham a Dios y reputósele por justicia. Pero, no palidece esta fe si se la compara con la fe de la Virgen? ¿De dónde le vino la justificación por la fe a Abraham, de dónde le vino el ser levantado a ser amigo de Dios, de dónde le vino? Porque, dice, habiendo esperado contra toda esperanza, él creyó que vendría a ser padre de muchas naciones, según se le había dicho: Innumerable será tu descendencia. Y no desfalleció en la fe, ni atendió a su propio cuerpo ya desvirtuado, siendo ya de casi cien años, ni a que estaba extinguida en Sara la virtud de concebir. No dudó él ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, antes se fortaleció en la fe, dando a Dios la gloria. Plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso también para cumplido. Por eso le fue reputado por justicia. ¡Con qué fuerza y elegancia se nos ha ensalzado la fe de Abraham! Pero, donde queda esta fe ante la de la Virgen? Abraham

creyó que una anciana estéril había de dar a luz; la Virgen creyó esto mismo de una virgen; Abraham creyó que por obra de un varón anciano; la Virgen, sin concurso de varón; en Abraham se trataba de un puro hombre; en la Virgen, de un hombre Dios; en Abraham, de un modo natural y corriente; en la Virgen, fuera del modo corriente de la naturaleza; Abraham creyó que Dios podía incluso resucitar a un muerto para cumplir la promesa; María, que podía Dios nacer y morir, a fin de que todas las promesas tuvieran en El su cumplimiento. Vemos, pues, la diferencia de una fe a la otra, la ventaja que una fe saca a otra fe. Esta es la gran y excelsa mujer que el Altísimo eligió para madre suya y para ejemplo de todos los siglos.

Santo Tomás de Villanueva, "Sermones de la Virgen María y obras castellanas", BAC, (pag. 241- 243)